

# Reflexión del Superior General

El sábado santo este año será el 20 de abril. El sábado santo se ve ensombrecido por el dolor del viernes santo, para luego pasar a la alegría del domingo de pascua. En el sábado santo el mundo está envuelto en silencio, desesperanza y con una sensación de sueños extraviados.

Me encuentro con algunos sábados santos en mis viajes por Australia y Nueva Zelanda.

En Australia, me he encontrado con católicos que no saben dónde buscar o qué decir en respuesta a los hallazgos de la Comisión Real sobre el abuso infantil. Además de eso, está la condena del cardenal Pell, una figura destacada en el liderazgo de la Iglesia católica en Australia durante décadas. Actualmente está en prisión.

En Nueva Zelanda todas las banderas están a media asta. La nación está devastada por la masacre de personas que estaban reunidas para orar hace dos viernes en Christchurch. La extrema derecha ha producido un terrorista que ha baleado el corazón de lo que parecía ser una sociedad pacífica.

Sabemos de otros momentos del sábado santo. Están Theodore McCarrick en los Estados Unidos y el cardenal Barbarin en Francia. Están nuestros cohermanos en Bamenda, Camerún, que están librando una guerra civil. Sabemos por los católicos en Mindanao, Filipinas, del reciente bombardeo en la Catedral de Jolo durante la misa de domingo. Tenemos un cohermano en Venezuela. Estos son momentos de desaliento, duda y temor.

También están los momentos de sábado santo que algunos hermanos y miembros de nuestras familias están viviendo en sus propios corazones y vidas.

Este abril entramos en el misterio pascual donde los primeros discípulos de Jesús también fueron devastados por el terror del Gólgota y sufrieron el silencio vergonzoso del sábado siguiente. Estaban abrumados por la violencia perpetrada por los líderes religiosos de la época. Estos primeros discípulos también esperaron las decisiones de las cortes de aquel entonces y se quedaron aterrados y sin palabras. Ellos huyeron. En el sábado santo hay un silencio terrible sobre todo el mundo.

En este tiempo pascual, nuestros ojos maristas se dirigen a "*la mujer*" (Jn 19,26) al pie de la cruz, que no entendía pero tampoco huía. Ella se quedó mientras otros huían. Estaba envuelta en silencio en el sábado santo, vencida y sin comprender, pero esperando contra toda esperanza.

Nuestro carisma nos llama a permanecer fieles con "*la mujer*" el sábado santo, confiando en ella cuando parezca que no hay esperanza. Esto es lo que nosotros, como maristas, ofrecemos a la Iglesia y al mundo. Nuestro carisma nos llama a ir a los lugares de sufrimiento e injusticia y permanecer allí tranquila y compasivamente con María, esperando contra toda esperanza, incluso contra toda evidencia, de que habrá una nueva vida y una nueva Iglesia donde "*los hambrientos se saciarán de bienes*" (Lc 1, 53) porque Dios nunca olvidará su misericordia. Estos parecen ser los "*últimos tiempos*" cuando María se reúne con sus hijos. Esta es nuestra "*hora*" como maristas. La Iglesia, como siempre, está llamada a la constante purificación y renovación. Nuestro carisma marista nos desafía a esperar con María cuando todos estemos aturcidos, como en sábado santo, en silencio, confiados en que la gracia de Dios nos llevará a una nueva vida.

Un hermano con el que hablé en Australia, al comentar sobre estos días, citó el salmo: "*Al pasar por el valle árido, lo convierten en oasis*" (Salmo 84).

Caminamos este viaje pascual este año con María y con su pueblo. Este es nuestro carisma. Acompañemos a "*la mujer*" durante estos tiempos de sábado santo mientras nace una nueva Iglesia. Que el vacío de los corazones de todos los creyentes en el sábado santo haga eco de una profunda alegría por la tumba vacía en la mañana del domingo de pascua.

*John Larsen s.m.*

